

La silueta de Roberto

—o—

En aquellos días, todavía tenían las calles centrales de Montevideo, ese aspecto que presentan en las fotografías viejas en las fotografías de época en que fué demolida la Ciudadela. Habían aparecido los primeros automóviles, escandalizando con su estrépido a los viejos y llenando de ansiosa curiosidad a los jóvenes. La calle Sarandí era el único núcleo humano importante; bastaba que a una persona la conocieran allí, para que poco después se le conociera en toda la ciudad; y como la prensa no había logrado proporciones en realidad populares, se hablaba en la calle Sarandí en voz alta para que se enterara toda la población.

Las figuras arrogantes de Teófilo Díaz y de Amaro Carve — como obstinadas en sobreponerse a la acción del tiempo — alternaban en la puerta del Club Uruguay y en la esquina de la confitería del Jockey Club. ¿Cuánto tiempo hace que han desaparecido de las puertas del Club Uruguay los viejos, los clásicos viejos que durante muchos años, durante largos años, fueron "la juventud" del club Uruguay? Han ido desapareciendo lentamente, uno tras otro, y casi no hemos advertido la transformación de las reuniones vespertinas en las puertas del club donde aún se mantiene inquebrantada e inquebrantable la silueta de Blas Vidal.

Quedaba todavía, en la entonces ya vieja Botica del Romano, restos de una antigua reunión de médicos y de vecinos del Montevideo de treinta años atrás, cuando los escasos pobladores de la ciudad mantenían la aldeana tradición de las reuniones en la botica y se acostaban a las diez de la noche. Pero en este tiempo, en que empezaban a circular los primeros tranvías eléctricos, la Botica del Romano, aún a pesar de su aspecto vetusto, seguía siendo uno de los más importantes establecimientos de la ciudad.

Frente a la botica, quince o veinte metros más hacia el centro, Orsini Bertani, un hombre siempre joven a pesar de su enorme calva, expulsado de Buenos Aires como anarquista peligroso, había establecido una librería con más idealismo que dinero, por más que no le faltaba dinero. Por ese intermedio, Bertani contribuyó a la cultura popular en grado tal como quizá un hombre solo, por su exclusiva cuenta, no lo había hecho hasta entonces. Bertani abarató el libro en proporciones asombrosas, al punto de que la generación que entonces surgía, pudo satisfacer todas o casi todas sus inquietudes espirituales.

Y entonces, en oposición al núcleo de los viejos elegantes del Club Uruguay, en las puertas de la Librería Moderna se constituyó el núcleo de muchachos de talento que abrigó el espíritu protector de Bertani, que ejercía de Mecenas, con entusiasmo admirable y ejemplar. Emilio Frugoni, después de su rotundo canto romántico "Bajo tu ventana", publicaba "El eterno cantar"; Angel Falco, en la plenitud de su admirable candor que le hizo creerse llamado a transformar la paz del mundo, había dado sus "Cantos Rojos"; Aurelio del Hebrón, un niño casi, que un día, improvisadamente, había "engarzado" a su cabeza de romántico germano un sombrero gris de amplias alas y había ido a lucir su silueta a la calle Sarandí, publicaba su "Domus Aurea"; y casi todos los componentes de aquel grupo fueron, unos tras otros, apareciendo en los escaparates de las librerías de la ciudad: Armando Vasseur, Roberto de las Carreras, Juan José Illa Moreno, Manuel Medina Betancort, Guzmán Papini, Carlos Zum Felde, Manuel Pérez y Curis, Francisco Alberto Schinca.

Pero en la calle Sarandí de entonces, lugar desde el cual quien le-

vantaba la voz se hacía oír de toda la ciudad, había una figura que pasando de las puertas del Club Uruguay a las de la confitería del Jockey Club, de las de la Librería Moderna a las de la Botica del Romano y del Café del Comercio a la plaza Independencia, lo llenaba todo. Era Roberto de las Carreras.

—o—

Fué aquella una época de florecimiento de la bohemia, pero de la bohemia con talento, que es la única soportable y admirable. Fué en aquella época que tuvieron su esplendor Roberto de las Carreras, Julio Herrera y Reissig, Angel Falco, Leoncio Lasso de la Vega y otros de menor brillo, que no fueron sino bohemios por temperamento y por talento.

Mientras Julio Herrera y Reissig sumía su bohemia viciosa en una habitación construida en una azotea, y a la que su imaginación denominó "la torre de los panoramas", pintado desde allí paisajes vascos, Roberto de las Carreras adoptaba las más extravagantes "poses" callejeras por el deleite de "epater le bourgeois". (Tenía algo del afán de "dandysmo" y algo del afán de asombrar, que tuvo Baudelaire). En aquellos días, la figura de Roberto de las Carreras llenaba toda la calle Sarandí; era el objeto de la atención de todos los paseantes, de la aldeana curiosidad de unos y del picante anbelo de algunas muchachas de imaginación fácil, que iban por las tardes, a cruzarse en el diario camino de aquel sujeto extravagante. Era una figura popular y, encanto para muchos, que había quienes se complacían en llamarlo simplemente Roberto, como lo llamaban sus amigos, sus corifeos y sus admiradores.

Naturalmente — esto es un signo característico de nuestro "aldeanismo" — todos expresaban en voz alta su indignación contra aquel hombre que no sólo vestía de manera distinta a todos y de ello hacía gala, sino que revelaba ideas absurdamente contrarias al orden moral preestablecido y que, además, tenía talento. Pero esto era la exterioridad, que se creía necesario conservar; porque en el fondo, todos, comprendiéndolo o no comprendiéndolo, conservaban un poco de simpatía para aquel sujeto extravagante que escribía libros que escandalizaban a las personas serias y que ponían curiosidades malsanas en los corazones femeninos.

"Sueño de Oriente", libro morboso y bello, que revela el temperamento de su autor en quien no todo, por cierto, era intento de "epater", porque tenía un buen fondo de valiente sinceridad: "Sueño de Oriente", libro que al aparecer en los escaparates de las librerías hizo volver el rostro escandalizado de muchos honrados montevideanos, apareció rodeado de una leyenda sensual y perversa, en grado tal, que, sin duda fué el primer libro nacional que se vendió y se levó de veras, (y quizás hoy, volviéndolo a leer, las curiosas muchachas de entonces, sonreirían de la ingenuidad de la época, que les obliga a leerlo ocultamente!)

—o—

Roberto paseaba su aspecto de lánguida indiferencia, contemplativo siempre, y como resignado a consentir que le observara el vulgo. Paseaba invariablemente desde la calle Ituzaingó (pasando, en las horas de salida de misa, frente a la iglesia Matriz, con pretensiones de Luzbel), hasta la plaza Independencia. De cuanto en cuanto, en las tardes de verano, consentía en dejarse ver en la playa Ramírez o por las noches asomaba su silueta a la "terrazza" de los Pocitos.

Era apuesto, de elevada estatura, y tenía un andar como displicente, acompañándose de un finísimo bas-

tón de junco en el que parecía que deseara apoyarse. Llevaba ropa, de colores extravagantes, muy ceñida al cuerpo, como si sobre él hubiera sido cosida, poniendo en relieve líneas acentuadamente femeninas. Se tocaba con un sombrero biando de enormes alas planas, baja las cuales surgía abultadamente el caudal de los dorados bucles de su cabeza germana, en cuyo rostro asomaban unos grandes ojos claros y lucía un fino y rizado bigote rubio.

Roberto de las Carreras llenó toda una época montevideana, que fué la de su juventud. Disfrutó del aprecio que merecía su talento, que nadie desconoció; pero disfrutó más todavía con la certidumbre de que ponía una inquietud en los pobres de espíritu y una angustiada palpitación de curiosidad en muchos corazones femeninos...

Roberto desapareció al fin. Parece que, desde entonces, no hubiera habido nada personal, original y fuerte en la calle Sarandí...

OROSMAN MORATORIO